

mis débiles hombros. El acendrado amor que profeso a esta novilísima Institución Académica, y mi voluntad firmísima de servirla, sin tregua ni descanso, propugnando a la continua por el desarrollo de sus fines estatutarios, por la mejora y perfeccionamiento de sus funciones, producen mi satisfacción, honda, hondísima, que no la hay mayor que en servir abnegada y desinteresadamente a los altos ideales del espíritu y a las nobles ansias que los seres amados despiertan en nosotros; mas el temor de que mi actuación, por inhabilidad o por penuria de medios, no sea lo feliz y fecunda que requieren aquel amor, esos ideales y estas ansias, producen mi pena, honda también, hondísima, que no la hay mayor, tampoco, que en querer y no poder, en desear y apetecer y no haber ni llegar a tener.

Como a la generosidad de que habeis hecho gala, confirmándome en este cargo, se unen la más exquisita hidalguía de vuestra condición y el más entusiasta afecto por esta Casa, y la más escrupulosa y delicada rectitud de estímulos y propósitos; estas bellas y excelsas virtudes, en apretado haz, serán prenda segura de la fecunda e ininterrumpida cooperación de todos en las empresas y tareas que Dios mediante acometeremos. En ello confío, y esta confianza me hace esperar, sereno y tranquilo, el curso que hoy inauguramos.

Dicho ésto, vamos derechamente al tema que me propongo desarrollar en la tarde de hoy. El tema os será familiar, porque como profesionales de acción